

devorar el miserable condumio, diría á la compañera de su vida: «¿Sabes? ¡Anoche el público me aplaudió!»

Y ahora... sin pan, sin esperanza, sin consuelo. A todo estaba resignado menos á perder su adorado instrumento. ¿Qué será de los niños? ¿Qué del tugurio frío que se caldeó alguna vez con el fuego de las promesas? Todo ha acabado. No veremos ya más al tercer óboe, amarillo, encorvado, acariciar su perilla canosa, enfundar con amor su instrumento y desaparecer como un gnomo por la puerta del foso, para esconder en él su aficción y humildad.

¿Y no habrá quien inicie una suscripción, un espectáculo cualquiera para comprar nuevos instrumentos á los músicos infelices, que son después de todo los que nos procuran sensaciones más puras? Hágalo quien pueda, pero pronto. Y algún día, el tercer óboe, con las lágrimas en los ojos, acariciará su instrumento, encorvado frente al atril, y bendecirá al público generoso y benevolente, que no sólo supo premiar su labor melancólica, sino con un rasgo de suprema piedad, salvar de la miseria y de la muerte á sus hijos.

### La piedad nea

Quien en ello encontrase cristiana complacencia, puede leer en los diarios ultramontanos un «caso» de justicia divina, verdaderamente asombroso y digno de las hojas impresas que reparten por doquier las beatas.

Un trabajador catalán tenía la censurable costumbre de decir que si alguna vez conseguía en-

contrar á Dios, se apresuraría á sacarle los ojos. Uno de los pasados días dió su esposa á luz, y con horror vieron los presentes que el recién nacido era ciego. «Justo castigo—dice el comentarista—, que pone de manifiesto una vez más la justicia del Omnipotente.» Y ensarta luego unos cuantos refranes y coplas, tan crueles como chocarreros.

Fanatismo que así entiende la ley de Dios, está juzgado. ¿Qué culpa tenía la infeliz criatura de las blasfemias de su padre? ¿Cómo un Dios misericordioso y clemente iba á condenar á perpetua y terrible ceguera á quien, como el héroe calderoniano, no tenía sobre sí otro delito que el de nacer? «Visitaré la iniquidad de los padres en los hijos hasta la cuarta generación.» Ved la frase sombría que se quiere invocar. Pero la interpretación es absurda. Un Dios no reparte palos de ciego, por mucho que quieran sacarle los ojos los desdichados que no han visto su protección por ninguna parte.

¿Qué concepto tienen quienes así se complacen en el infortunio de un niño de la suprema razón, justicia y belleza? No valdría la pena de ser Dios si hubiera de sentirse después el instinto brutal de la venganza. Cualquiera hombre bien nacido perdona las ofensas de un padre en el niño que aun no sabe ni andar ni balbucir. ¿Y un Ser imaginario, que todo lo puede, iba á complacerse en el martirio del inocente por una frase baladí, tal vez no meditada, ni más ni menos que cualquier impulsivo patán? ¿Tenía más que alumbrar el cerebro del necio que así le ultrajaba, y hacerle reconocer con un simple argumento la verdad, que no son parte á demostrar todas las iracundias y todas las catástrofes reunidas?

¡Donosa manera de convencer á los incrédulos! Habrá seguramente que oír al padre después del

supuesto castigo. Por fortuna, sabrá que personas verdaderamente religiosas y santas tienen también, por su desventura, hijos ciegos. Y de ellas nada dicen los comentarios clericales, ni para ellas hay refranes agresivos en Cataluña.

La Divinidad no ha intervenido en la inicua venganza. Creerlo sería blasfemar de su ciencia y de su poder. Pero véase de qué modo la acatan quienes más alardean de piedad y recogimiento. Para ellos el Ser Supremo no es ya ni siquiera el Dios de los ejércitos que siembra entre los egipcios la peste y destruye á pedradas el ejército de los Amorreos. En su estrecho criterio es un ente mezquino, frío y lleno de vanagloria, que castiga una frase con la ajena miseria y el irremediable sufrimiento de un niño. El no verá á la madre que le dió el ser, arrastrará una vida de execración y de vergüenza; será el ser maldito, que llevará en el rostro la señal imborrable de la cólera y la venganza infinitas. Todo porque su padre, en un momento de obcecación, articuló una baladronada, sabiendo de sobra que su amenaza no se había de realizar.

¡Qué profunda pena imaginar en los cielos un personaje así! No; no concibe la mente turbada que sea la Divinidad como los fanáticos intransigentes la pintan. Sería preferible imaginar un infinito vacío, un espacio sideral tenebroso y desierto; pero sin venganzas infantecidas, sin rencores monstruosos, sin más compensación al desorden que las absolutas leyes mecánicas, faltas, es cierto, de misericordia, pero desprovistas de soberbia y de vanidad.

Sepan, pues, quienes esto leyeren y entendieren que el mayor enemigo del verdadero Dios es el fanatismo.

### Elogio del distraído

Siempre que ocurre un sangriento atropello por automóvil, las gentes se indignan. Luego la indignación se pasa y se pronuncia esta frase ritual: «¡Bah! Los automóviles no matan más que á los distraídos.» En verdad, ningún otro alegato presentan los culpables ante los tribunales que les juzgan. La víctima no oyó el toque de alarma; caminaba la infeliz distraída; ella misma se metió debajo de las ruedas... ¿Qué le vamos á hacer?

Los distraídos... Pero los distraídos son todos los que sueñan: lo son los niños, los enfermos, los viejos; lo son los enamorados, los poetas y los inventores. Distraerse de la prosa que nos rodea es elevar y pulir el espíritu. Un hombre que nunca se distrae, se abstrae y olvida la prosa y mezquindad de las cosas vulgares, jamás hará labor de provecho. Distraídos, chiflados, si queréis, fueron Sócrates y Virgilio, Jesús y Lutero, Volta y Papin. Todos los grandes hombres soñaron. Chiflados llama todavía la gente á los soñadores modernos. «Pero estos chiflados—escribe Nordau—asaltarán la fortaleza social.»

Menipos llevados á la luna, necesitan mirar desde lo alto los negros hormigueros sociales. Erasmo, que hizo el elogio de la locura, dice que vale más quien la esconde que quien oculta la sabiduría, y cita en su apoyo el capítulo XLIV del *Eclesiastés*. Realmente, la cita es inexacta, al menos por lo que á la *Vulgata* puede referirse; pero merece ser verdadera. Esconder la locura es ingenuidad, porque nadie se figura estar loco, y aun es

bueno estarlo durante algunas horas del día—loco inofensivo, se entiende (lo que el vulgo llama chiflado)—. Esconder la sabiduría es astucia, y no pocas veces malevolencia.

Los malvados no se distraen. Egoístas y calculadores, son incapaces de abstracciones y ensueños. No es fácil que se dejen atropellar por los automóviles. Es su instinto perspicaz, la observación constante de cuanto les rodea, la medida exacta de la distancia y el peligro lo que lleva aparejado su triunfo. No fueron chiflados Calígula, ni Felipe de Austria, ni Torquemada, ni Calomarde. Pero tampoco fueron poetas. Si Catulo Mendés hubiera sido de la madera de algunos políticos que yo me sé, en lugar de estrellarse contra las téticas paredes del túnel del Metropolitano, hubiera ido á caer en el Consejo de un Banco de crédito, ó por lo menos en alguna subsecretaría.

La distracción, la chifladura, se llama niñez, ancianidad, amor, poesía, ciencia, sublimidad. Y eso es lo que matan los automóviles. «¿Mataste á un distraído?—debieran decir á los culpables los jueces—. Peor que peor. Habéis matado á un ser que no hubiera hecho daño á sus semejantes y que les hubiera procurado esperanzas, recuerdos, bellezas, adelantos, caricias y excelsitudes. Id más despacio en lo sucesivo y sabed que el camino pertenece á los distraídos, puesto que, en fin de cuentas, son los únicos que saben recorrerlo con gracia y terminarlo con gallardía.»

### El hijo del cura

Un diario conservador implora caridad para el infortunado joven que, al morir la mujer á quien creyó su madre, y en cuyo provecho trabajó durante muchos años, ha sabido, confuso, de sus labios ser hijo de un cura y de su manceba. Avergonzado de su filiación mancer y sacrilega, ha pensado, primero, en morir; pero á la desesperación ha venido el instinto, y falto de cariño y de protección, ha acudido en busca de su progenitora. La desnaturalizada madre le ha denunciado como autor de calumnia, y la guardia civil se ha encargado de llevarle á la cárcel de Zamora, en donde, entre ladrones, asesinos y parricidas, purgará el delito nefando de ser hijo de un sacerdote.

Probable es que la moribunda no haya dicho verdad. Es preciso imaginarlo así por honor de la especie. Ni el cura engendró al misero, ni el ama pudo ser sino una señora digna y austera. De otra suerte sería menester abominar de un celibato impuesto por ritual á los ministros de un culto, casi siempre inhumano y tético, y reconocer que el fanatismo puede extinguir en el corazón femenino lo que en él hay más digno de respeto y loanza: el sentimiento de la maternidad.

El cura ha sido casto; Diderot ha mentido; la crónica diaria también. Los sacerdotes son virgíneos; en ellos se anula la función por la cual son los hombres hombres. Para ellos la bíblica frase acabó en el *crescite*. Espíritus alados, incapaces son de contacto carnal. Pero supongamos lo absurdo. Un cura, uno solo, ha faltado á sus votos y ha

engendrado un hijo. ¿Por qué no ha de poder abrirle los brazos y ampararle, aun á costa de ser degradado. ¿Por qué?

¡Triste sino el de un padre que hizo voto de castidad! Tiene que elegir entre ser criminal en la tierra ó réprobo en el cielo; ha de optar por la abdicación de la naturaleza humana ó de la divina. Una hora de culpa le condena á toda una vida de iniquidad. Ha de trocar la crueldad en penitencia, la inhumanidad en virtud, la avilantez en merecimiento. Y una vez en paz con cielos y tierra, tiene que oír perdurablemente, como una acusación, el grito desgarrador de la carne ofendida.

Y luego, en la tenebrosa lobreguez de la nave, encerrado para escuchar la gangosa voz de las penitentes contritas, oirá invocar una paternidad que será un torcedor y su horrible suplicio dantesco: «¡Padre, perdón! ¡Padre, absolución y consejo!» Y allá lejos, en la cárcel inmunda, se arrastrará sobre el suelo infecto y repetirá la frase del Calvario el hijo de veras.

No; todo ello es mentira. Todos los oficientes son castos. No hay más padres que los que engendran, aman y protegen. El preso de Zamora ha soñado. Podrá ser hijo de un criminal, de un malvado, de un miserable; pero no de un ángel. Sería en la tierra demasiado dolor.

### La guerra y los niños

Publicase en Palermo una revista «pacifista». El pacifismo es un bello ideal, quiere la paz á todo trance. La verdadera gloria de una guerra—dice, como Lamarque—está en terminarla. En cuanto á

evitarlas, es de momento un tanto difícil. La revista lo reconoce y se contenta con trabajar por que ello suceda alguna vez. ¡Dichoso día aquel en que se halle en los tratados de Zoología esta definición del hombre: «Es el animal que nunca lucha»!

*El Ramo de Oliva*, que así se llama la revista de la bella ciudad bombardeada por Garibaldi, ha preguntado su opinión acerca de la guerra, ¿á los jurisperitos? ¿á los sociólogos? ¿á los caudillos? No; sino á los niños. No os riáis: saber explorar el alma infantil y aprender algo de ella es acaso la nota que mejor caracteriza á un buen pedagogo.

El diario de que tomo la noticia, nos procura datos muy incompletos. Ignoramos si la mayoría de los pequeñuelos es afecta ú hostil á la guerra. Lo primero es probable; la debilidad es cruel; tampoco hubiera estado mal acompañar á cada contestación una hoja antropométrica. Una estadística, hecha en seriación, de los hombres más belicosos, estudiados como organismos en su función y anormalidad, enseñaría mucho á los hombres, y acaso pronunciaría sobre la guerra la definitiva palabra.

Contentémonos, pues, con la parte anecdótica. Un estudiante de segundo año—la «encuesta» «entreviú» ó averiguación se ha hecho en un colegio—opina que la guerra es muy buena cuando hace cerrar las cátedras, y mala cuando encarece los alimentos y obliga á comer porquerías. Algún día será rentista, y dirá que las guerras son buenas en tanto que se corta el cupón.

El estudiante más pequeño no quiere que haya guerra, porque esto—dice—entristece al novio de la chacha, que es el cabo Perrini. ¡Oh alma sentimental! ¡Lástima que estos niños se hagan, luego que pasa el tiempo, ciudadanos!

Entre los egoístas y los soñadores hay también pequeños burgueses partidarios del término medio. «Me gustaría mucho la guerra—dice un diminuto y magnánimo Epaminondas—si pudiese ir á ella de general, montando un excelente alazán; pero sin matar á nadie, y mucho menos matándome á mí.»

Ved aquí la opinión de la turbamulta. La guerra es buena para los demás. Para uno, lo admirable es aprovecharla. Seguramente, no habrá faltado ningún escolar que haya repetido la hermosa frase de Víctor Hugo: «Toda guerra entre hombres es siempre una guerra entre hermanos.» Y después de repetir esta bella verdad, se habrá marchado al patio ó al jardín á darse con algún compañero de cachetes.

### Subsistencias

Suponed una plaza sitiada: en ella no entran bebidas ni alimentos, excepto los procurados por aquellos valientes que se juegan, para conseguirlos, el bolsillo y la piel. Figuraos ahora que el general del ejército sitiador entra disfrazado en la plaza, llega al mercado, compra una perdiz, paga por ella cincuenta pesetas y exclama, en un arranque de indignación: «¡Cáspita! ¡Pues no están poco caras en este endiablado pueblo las aves!»

Si os parece este episodio falto de interés, recordad que en Madrid es el eterno cuento de las subsistencias. La capital está sitiada por unos sujetos denodados y heroicos que se llaman inspectores y vigilantes de consumos; los mercados por otros bizarros caballeros, apellidados asentadores,

jefes de romana y recaudadores de arbitrios; el Matadero, por ciertos gallardos funcionarios, denominados proveedores y tablajeros. No pasa al lado suyo una mercancía que no satisfaga tributo. Las compañías de ferrocarriles, y principalmente el Estado, con sus Aduanas, contribuciones, soca-lifias y vejaciones, ayudan á este ejército sitiador en la tarea de dificultar el consumo. Pero de vez en cuando, las autoridades se asoman al mercado, preguntan por los precios de los alimentos, y exclaman *ipso facto*: «¡Caramba! ¡Qué caro está todo! ¡Aquí no se puede vivir!»

Y entonces surgen los proyectistas y los inventores, de la casta de aquellos que buscan todavía el movimiento continuo, la piedra filosofal, la cuadratura del círculo y la aviación sin aparatos, y con ellos aparecen las casas para obreros, las expendedorías reguladoras, los asilos de golfos y las estufas al aire libre para calentar el viento de la sierra. Claro es que nada sirve para maldito de Dios la cosa. Pero ni el municipio ni el Estado oyen jamás la voz del consumidor, que les grita: «¡Viven los cielos donde más altos están! Si de veras queréis abaratar la vida en la plaza, ¿tenéis más que levantar el sitio?»

Es la fábula escrita por Samaniego, quien la tradujo de Florián, quien la tomó de Fedro, el cual la robó á Esopo, quien acaso nunca existió. La gallina está enferma y la zorra le pregunta solícita y atenta cómo le va: «Muy bien si usted se quita de delante», le contesta al punto la hembra de Cantaclaro. Todavía pudiera continuarse el apólogo, preguntando de nuevo la vulpeja: «En tal caso, ¿qué comeré yo?» Y contestando la do-liente: «Señora: servíos devorar á otras zorras.»

Si es menester también que coman los desocu-

pados, el pueblo hará bien en contestarles de igual manera, invirtiendo la frase evangélica: «Si tenéis necesidad de yantar, devoraos los unos á los otros.»

### Frente al cometa

Un niño se ha suicidado por temor al cometa. Su espíritu, débil y enfermizo, no ha podido soportar la idea de una destrucción brutal por el choque de dos fuerzas misteriosas é incalculables. Morir por no morir parecerá á todos enorme simpleza; pero el niño no se ha suicidado por no morir, sino por no pensar. El pensamiento puede ser algo insoportable cuando la superstición lo entenebrece y el cansancio moral lo deforma.

Estudios prematuros, largas vigiliias, desentrañando oscuros cuando no absurdos textos, imprudentes hipótesis expuestas por astrónomos incapaces, apocalípticas amenazas de una fe preñada de horribles vaticinios; todo ello ha debido influir en el pensamiento del muchacho para precipitarle en la demencia, y tras ella en la muerte. Despertamos las almas demasiado temprano, y así mueren los niños por horror á un asteroide que pasa, en la edad en que debieran tender al firmamento sus manos tiernas para cogerle, como la nieta de Victor Hugo.

Lejos estamos de los tiempos del milenario, y los hombres ya saben que el universo no puede morir. Las catástrofes cósmicas aparecen cada vez más imposibles, en virtud de la ley del equilibrio universal. Un signo en el cielo podrá ser el misterio, pero el misterio no sobrecoje sino á quien no

siente su atracción inefable. En último trance, morir no es nada; temerlo es todo, porque el miedo indica desconfianza en los propios destinos, algo así como bajeza moral. ¿Es acaso nuestra existencia algo tan grande y definitivo que justifique el ansia grosera de pisar siempre el mismo terruño?

¡Pobre niño! ¡Cuánta falsedad, cuánto fanatismo, qué de enormidades seudocientíficas y supersticiosas, qué falsos conceptos de la vida, de la realidad, del deber, han debido turbar su inteligencia, para que así haya podido buscar en la muerte paz á su tribulación y término seguro á su sobresalto! Una creencia racional le hubiera enseñado que el fin del universo es incompatible con una divinidad consciente y activa. Un sano ejercicio al aire libre le hubiera preservado de la implacable y precoz neurastenia. Una sana alegría le hubiese dado confianza en sí mismo y esperanza en el porvenir. Menos piadosa que el cometa, le ha matado la ignorancia cobarde de los hombres. Ella es la que proyecta en el cielo todas las luminarias fatídicas y todos los signos augurales de barbarie y de destrucción.

Se ha dicho, sin razón ni motivo científico, que el cometa puede ser precipitado en el sol y convertir la tierra en pavesas; que una masa saturada de hidrocarburos y de cianógeno puede envenenar en pocos segundos el aire limpio que respiramos; se ha pensado en la posibilidad de una desviación de nuestra órbita y de la inmersión en una noche eterna; se ha hablado de castigos impuestos por un Dios vengativo á los humanos. Lo que no se ha dicho es que todas esas afirmaciones carecen en absoluto de fundamento, porque nada positivo se sabe sino que todo cuanto existe es eterno, por el mero hecho de existir. Y que una catástrofe

más en el mundo de las moléculas, no podría ser comparable en efectos nocivos á esta catástrofe de todos los días, á este cataclismo de todas las horas, que se llama egoísmo, ignorancia, superstición, miedo y servidumbre.

Serenos, tranquilos, como quien confía en las leyes eternas y se sabe de su destino propio, debe el hombre esperar, no ya la venida de un misero cometa, sino la de todos los astros que se mueven en el seno de las nebulosas. Y aun debe hacer más: llevar la tranquilidad y la franca alegría á las almas atormentadas, para que los niños no se suiciden cuando tienen rebosante en las manos la copa de la vida, y no se anonaden los hombres, en cuya frente está impreso el sello indeleble y sacrosanto de la inmortalidad.

### Exámenes

Con indignación merecedora de mejor causa, protestan algunos cronistas de que sean publicadas en los diarios las notas que obtienen las alumnas del Conservatorio. La razón primordial que alegan es que casi á nadie se le importa un ardite que la señorita de Gómez ó de Pérez haya merecido la calificación de sobresaliente. Presumo que tan fáciles críticos no se han fijado en otro linaje de noticias; de haberlo hecho á conciencia, verían que son pocas las nuevas que no adolecen del mismo defecto.

No es de creer que prive del sueño á muchos lectores saber que á la recepción de la embajada inglesa asistió la señora de Cirueleque, primorosamente ataviada con un traje de verde Aretino;

que el padre Coloma ha publicado una nueva novela, ó que el señor Mengánez ha permanecido una hora en Palacio. No obstante, todos leemos tales informaciones con delectación. Buscar noticias ya es trabajo sobrado penoso para el periodista; exigirle que interesen á todo el mundo, sería demasiado pedir aquí donde la vida cotidiana va teniendo tan escaso interés.

Otrosí: sucesos que parecen y aun son actualmente insignificantes, pueden trocarse, andando los tiempos, en preciados documentos históricos. Cuando fué elegido por primera vez diputado don Antonio Maura, y aun no había descubierto los números acorsetados, pareció la noticia baladí, y ya se ve si el asunto ha traído cola; una sola alumna que logre aventajar á Mercedes Rigalt ó á Pilar de la Mora, justificará con sus éxitos la exhibición de todas las notas sobresalientes. Entretanto, al lector de periódicos le es dado hacer con tales sueltos periodísticos lo que respecto á ciertos capítulos pronuncian algunos autores de novelas y Espronceda recomendó en el *Canto á Teresa*: puede saltarlos quien quisiere.

Pero yo no los salto jamás. Me figuro la estancia solitaria y modesta, en que hay media sillaría de reps, un entredós con candelabros y un reloj de bronce ó una figura de mayólica. En las paredes hay retratos, y tal vez algún cuadro, que los íntimos suponen de mérito. Hay en el centro un velador con papeles de música y tarjetas postales. Y en el lugar de preferencia se encuentra el piano, un Bernareggi, un Montano, un Pleyel de 1870, ó, á lo sumo, un viejo Caveau; pero limpio, impecable, finamente pulimentado, cuidado con solicitud maternal. Allí pasa su joven dueña seis, ocho, acaso más horas de angustia, ejercitando los re-

beldes artrujejos, hiriendo sin piedad el teclado, que parece una dentadura que va devorando su melancólica juventud estéril. Pero ella trabaja con ardor insensato. Sabe que en la casa todos sufren privación por su causa y que una ilusión les conforta: el «Sobresaliente», que es preciso alcanzar, cueste lo que cueste, ocurra lo que ocurra, á trueque de los años marchitos y de los tormentos indecibles que exigen las dificultades arrojadas impiamente sobre el pentagrama por la gloria sabia y vanidosa de Chopin y de Listz.

Y el «Sobresaliente» llega por fin; y un amigo cordial lleva la noticia al periódico. Y por la mañana, toda la familia espera la llegada del reparador. Unos dedos nerviosos, anémicos, desdoblados, por fin, el diario, y unos ojos hundidos por trescientos desvelos buscan ávidamente... «¡Aquí está!»

Después, el triunfo ó el desengaño. La gloria es aventurera, sin entrañas, y el que sobreviene es, generalmente, el segundo. Pero no importa: el periódico se ha conservado en un cajón misterioso y secreto, entre la flor de azahar y el rosario de nácar, ó junto á la mantilla de blonda y el viejo abanico de sándalo. Y la antigua discípula del Conservatorio lee, con las lágrimas en los ojos, la caduca noticia, como si la viera por primera vez. Y luego recuerda á los pobres viejos ilusos, que duermen bajo una misma losa florida, y evoca los tiempos de adorable ilusión romántica, en que, sola frente al piano, enterraba su melancólica juventud á los acordes de la *Marcha fúnebre de una marioneta*...

### Los gladiadores nuevos

Ese buen caballero hijodalgo, á quien escanció la victoria Roldán en cáliz de acero, digo aquel á quien hubo de coronar la noble alteza de don Fernando V y usó con brazo férreo de los pesados hitos á guisa de ligeros venablos, en Canosa, hallara solaz, á buen seguro, en la liza desafortada que sostuvieron en la arena del circo anteanoche un suizo, gran competidor de Goliat, y un asiático, émulo digno del amante de Onfalia. Envidiara al vigoroso y gentil Diego García de Paredes al segundo en su gallarda destreza, y á aquél el impetu bravío con que supo atropellar rivales, derribar empresarios y recuestar esbirros. Si no paso honroso, lance fué aquel digno de Belianises y demás caterva de gañanes ecuestres, cuyas arriesgadas empresas registran en sus fastos los siglos.

Y miren por dónde, para escarnio de esforzados y mofa sangrienta de forzudos, casi á las mismas horas reñía en la ciudad de Telde, por cuestión de atanores y acequias, ó de alcorques y regadíos, el nunca bien ponderado atleta Jerónimo Trujillo, terror de niños y susto de comadres, con el invencible Francisco Cabrera, pasmo de gañanes y congoja de cargadores de muelle y espolón. Y es lo más peregrino del caso que el Trujillo, harto de pullas y discreteos, no hubo de recurrir á sus biceps, prietos como los del discóbolo, sino que, lindamente, disparó sobre su colega tres tiros de revólver á boca de jarro, y aun es probable que, de haberlo tenido á mano, le hubiera embutido en las entrañas tres disparos de arcabuz ó de culebrina.

¡Paladina y explícita confesión de que los héroes se van, á fuer de trasnochados dioses homéricos! Un atleta sirve, á lo sumo, para subir bellamente una cuba á los sextos pisos del extrarradio, y el admirador de sus luchas no deja de ser un buen ciudadano, que añora en sus horas de laxitud y tedio los ocios selváticos de su progenitor antropoide.

Hoy un arma, disparada acaso por quien se asustó de su propia hazaña, priva de la vida—ya lo dijo el más alto desfacedor de agravios—al más esforzado caballero. Diego García de Paredes, y aun el propio Sansón, no alcanzarían otro entusiasmo que el que inspirar pudiera á mozas de partido la parvedad de su indumentaria. Ya no se vence arrojando de las tierras los hitos, sino fijándolos. José María Salaverría, en su libro admirable sobre la Argentina, recuerda que un general amonestaba á los criollos de la Pampa diciéndoles: «¡Alambren ustedes y no sean bárbaros! ¡Alambren ustedes!»

En Dios y en mi ánima, como el diablo del carro de Merlin, juro no admirar la destreza de los rompedores de mandíbulas, retorcedores de coyunturas y tundidores de costillas flotantes. Quede ello para los temperamentos sobrado belicosos ó demasiadamente ingenuos. Yo bien sé que no sería peregrino espectáculo sacar al anillo á dos profesores de instrucción primaria á competir en ayunos y cuitas; pero si á mujeres de clara y peregrina belleza, que hicieran olvidar lo que hay de primitivo en el fondo de la cultura nacional.

Y si ello no pareciese del todo oportuno á los valerosos luchadores, yo, desde luego, les demando gracia y doy sobre el tablado los tres golpes de misericordia. No me siento capaz de resistir sus

«llaves», sus «trucos» y sus triples recursos. Harto haré con sufrir las acometidas de los recaudadores de apremio y los nuevos cofrades de la Santa Hermandad.

### El arroyo

No ha sido en el Senado; no en la Academia, ni el alto Tribunal de Justicia, ni siquiera en el Consejo, Cabildo ó Junta de accionistas; ha sido en la Asamblea republicana en donde alguien se ha revuelto indignado contra la opinión popular. «Aquí no es lícito recoger rumores del arroyo, ecos de la calle, afirmaciones de la *turbamulta*.» Y esto dicho, el orador ha tornado á su impasibilidad, como si después de su indignación hubiese emulado á aquel digno fiscal que no hablaba *para la galería*.

Pase la frase en los labios de un funcionario. En los de un tribuno popular parece, en realidad, un contrasentido. «Para el demócrata—ha dicho muy bien el señor Fuente—el arroyo es sagrado. Es la representación de la calle, de la *turbamulta*, del montón vulgar y anodino, la que ostenta el republicano. Para él no sólo la voz pública, sino el simple rumor, ha de tener una importancia definitiva. En esto se distingue Calomarde de Pi y Margall. Aquél sólo escucha la voz imperiosa del soberano; éste atiende á los ecos del foro y el agora. El esbirro, habla cuando sabe, en nombre de la autoridad, del poder trascendente; el emancipador alumbra su verbo en nombre de la soberanía inmanente, del derecho de todos los hombres, aun de los ignorantes, que exigen y necesitan ser enseña-